

Otros trabajos vienen á los hombres por la malicia de otros hombres, sus perseguidores, que los inquietan; aunque estos podrían reducirse á los pasados, mayormente en algunos pecados, que en ellos se parece que no pudieron nacer de pecho menos malo que el demonio, plantados en el del tal perseguidor. Porque, así como entre las yerbas del campo hay unas que se nacen ellas sin sembrallas, como el espárrago, la chicoria y otras yerbas campesinas; otras hay, que si no las siembran y curan no nacerán, como la lechuga, el rábano y el perejil. Así, hay unos pecados y malicias que de la mala inclinación que de Adán heredamos por nuestro descuido, se nacen ellos en el corazón; pero otras no nacerían ni llegaría á tanto la maleza de la tierra, si el demonio no las sembrase en ella, como fué la del traidor de Júdas, que vendió á su Señor y Maestro y Redentor de quien tanto bien había recibido, donde no pudiera llegar malicia del hombre por malo que fuera, aunque suele llegar á hacer mal á quien se le hace. Y por eso, cuando el evangelista trata desta traición dice: Como el diablo hubiese puesto y plantado en el corazón de Júdas Escariote, que vendiese á Jesus, etc. Así que, cuando semejantes persecuciones y daños se hallan en unos hombres contra otros, mas se pueden reducir al género de trabajos pasado, pues por las razones dichas, la fuente dellas es el demonio mismo; pero hay otras que también salen de la malicia del perseguidor; y destas se entiende este tercero género de trabajos para que se proceda con mas distinción.

Otros trabajos vienen á los hombres de la divina Providencia y gobierno, que toma por instrumento, ora unas criaturas, ora otras; lo cual hace, como luego se dirá, por santos y saludables fines; y, no obstante la división ya dicha, ninguno hay de los trabajos dichos, que no venga de la mano del mismo Dios, ordenándolo ó permitiéndolo para nuestro bien; porque, los que son penas del pecado, permitiéndolo su divina Majestad, se quedaron en el mundo, y ordenándolo su divina bondad, se reparten en unos mas y en otros menos, conforme á la medida de su divina Providencia; porque es tan buen alquimista, que de todos los males saca para el que los padece, bien, y no es mucho sacarle de los de pena que salieren de su mano, pues de los de culpa lo saca; que, así como el demonio tiene tan mala mano, que no hay bien de que no saque por su malicia mal para el hombre, aunque sea del sumo bien; así la tiene Dios tan buena, que no hay mal tan mal, aunque sea el sumo, que es el pecado, de que por su bondad no saque bien, y aun contra el mismo mal, como del alacran y la víbora se suele sacar medicina contra sus picaduras. Y esto es lo que san Pablo decía, que todas las cosas son nuestras; y en otra parte, que á los amigos de Dios todas las cosas sin sacar ninguna, les ayudan para el bien. Pues el segundo género de trabajos que del demonio padecemos, claro se ve en los de Job que fueron con voluntad y beneplácito de Dios; y asimesmo aquel daño de los animales, en cuyos cuerpos entraron los demonios, dice san Juan Damasceno, que con licencia y permission suya fué, que es gran consuelo para el cristiano entender, que el enemigo no puede quitarle un cabello sin la voluntad de Dios, que con

tanto amor y providencia nos gobierna. Lo mismo es de los terceros que de mano de los hombres se padecen; los cuales dependen tanto de la providencia y voluntad de Dios, que decía David del que le injuriaba, que Dios se lo mandaba. Déjale (dice), maldígame, injúrieme, que Dios se lo manda; lo cual entiende tú, que lo permite, como siempre se ha de entender cuando hay pecado en lo que se dice que Dios hace ó manda. Finalmente, de todos los trabajos se dice generalmente que no hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor; lo cual se entiende del mal de pena. Y en otra parte, que Dios es el que da la muerte y la vida, el que llega al hombre hasta la sepultura y le saca della; porque de ahí entendamos cómo se han de recibir los trabajos, viniendo de tan piadosa mano, y con qué voluntad y ánimo se han de sufrir, y á quien se ha de acudir por el remedio y el esfuerzo cuando se hubieren de sufrir ó remediar semejantes necesidades.

De aquí se entiende cuán grande y cuán dañosa es una ceguedad muy usada en el mundo, que muchos ó los mas trabajos que en él se padecen, ora sean los generales, ora los particulares, no se tienen por enviados de la mano de Dios y su providencia, sino por obras ó defectos de la naturaleza ó acacidos por malicia sola de los hombres, ó acaso por virtud de las estrellas y movimiento de los cielos, como juzgan todo lo demás, donde no ven milagro, y muchas veces, aunque lo vean, como aquel general diluvio del tiempo de Noé, no faltó quien lo ahijase á las estrellas ó planetas. Y comunmente las enfermedades se atribuyen á excesos pasados del que las padece, y otras cosas á este tono. Lo cual cuán dañoso haya sido, parece por lo poco que obran en nuestras almas los castigos de Dios y las medicinas que envía para remedio de los males dellas; de lo cual nace desconfianza de su salud, como nace la de la corporal cuando no obran las corporales medicinas; así nosotros cuando con la de los trabajos y afliciones no nos emendamos, de que el Señor se queja muchas veces por los profetas: Mucho se ha trabajado y sudado, dice uno dellos, y no ha bastado á quitarle el orín ni aun con fuego. Y otro dice: Por demás ha sido castigar vuestros hijos, pues no se les pega la corrección y disciplina. La razon pues es que no pensamos en la fuente de los trabajos y el fin con que se envían, sino que son acaso y sin providencia, que es uno de los mayores castigos que Dios puede enviarnos que vengan á tiempo que, ó por ser ya pasado el pecado ó por nuestra ceguedad, pensemos ser caso lo que es cuidado y providencia de Dios, que gobierna todas las cosas, por menudas que sean, desde el supremo ángel hasta el menor arador; lo cual no ignoró Platon, sin lumbré de fe, cuando emendó á Eurípides, que decía que las cosas altas y grandes Dios las curaba y gobernaba, pero que de las pequeñas no hacia caso. Este verso dijo Platon que se habia de corregir; porque ninguna cosa hay, grande ni pequeña, próspera ni adversa, que no venga de la mano de Dios, aun las que mas parece que vienen acaso y sin pensar, que cuando así venga respeto de los hombres, no lo pueden ser respeto de Dios; lo cual prueba elegantísimamente el bienaventurado doctor san Agustín de aquel caso que en el tercero libro de

los Reyes se cuenta en el sagrado texto, que un soldado disparó una saeta desmandada, y acaso hirió al rey de Israel. ¿Qué cosa puede ser al parecer mas casual que este tiro del soldado; pues el mismo Espíritu Santo en el texto usa destos vocablos, que tanto lo significan? Pero después en el mismo texto parece claro cómo fué providencia de Dios; porque dice que, llevado el Rey á la ciudad, fué sepultado, y lavadas las riendas y el carro, que todo estaba bañado de la sangre del Rey, la cual lamieron los perros, como el Señor lo habia dicho; y esto alega el texto, y habíalo dicho el Señor en el capítulo antes de aquel. Luego bien se entiende que lo que para el soldado y el Rey fué caso no lo fué para Dios, sino providencia y castigo ejemplar por sus inobedencias. Y de aquí dice el glorioso y bienaventurado san Agustín: Ninguno hay que atribuya lo que padece á sus culpas, mas antes lo atribuye á la costumbre que al pecado; y por eso no creen los hombres que Dios castiga, porque cuando castiga no lo echan de ver. Contra estos que atribuyen á la fortuna los castigos se muestra Dios enojado por Jeremías, diciendo: ¿Quién es el que dice que esto se hiciese sin mandarlo el Señor y que de la boca del Altísimo ni sale mal ni bien? Y lo mismo por Sofonías: Yo tomaré cuenta á los hombres atollados en sus suciedades y torpezas, que dicen no hará Dios mal ni bien. Y sobre todo dice Job: Ninguna cosa se hace en la tierra sin su por qué.

## §. II.

Que todos los trabajos envía Dios forzado y de mala gana.

Gran consuelo es el del afligido entender que Dios es el que le envía la aflicción, pues de su gran misericordia, y de lo mucho que de su santa mano ha recibido para bien de su cuerpo y alma, entiende que no será para perderla; pero mucho añade á este consuelo entender que ni unos ni otros trabajos de los que en el párrafo antes deste queda dicho que vienen de su mano, los envía de corazón, pues se precia de rico en misericordias; sino como forzado y compelido de nuestra necesidad. Así como el buen padre que tiernamente ama á su hijo no se huelga de verle padecer azotes del ayo ni cauterios, sangrias ni purgas del médico ó cirujano, pero con todo su dolor procuralo uno y lo otro, lo primero por el bien de sus costumbres, y lo segundo por el de su salud; así Dios con los trabajos que nos procura y permite; lo cual significó Jeremías en los que por castigo envió á su pueblo, de quien dice, porque no de corazón humilla y castiga los hijos de los hombres. Y un dia que quiso castigar su pueblo y que el pueblo conociese su enojo, dice Esaías: En aquel dia tomará el Señor una navaja alquilada (que es la gente de los asirios, que están de la otra parte del rio, y su rey) y raerá toda la cabeza y barba y los pelos de los pies de su pueblo; que es decir que con aquella gente habia de destruir los de su pueblo todos, desde el mayor, que es el Rey y cabeza, y desde los nobles, que allí significa por los pelos de la barba, por ser el ornato de la cabeza, hasta los del pueblo y canalla, que son los pelos de los pies, lo mas bajo y desechado de aquel cuerpo que el pueblo hace, porque todo quedará arruinado y por el suelo. Dice que la navaja será alquilada,

no sin gran misterio; porque ¿qué cosa hay de que Dios pueda usar que no la tenga en su poder infinito, sino que haya de alquilarla de fuera de sí? Y ¿quién hay, fuera de Dios, que tenga en el suyo cosa que Dios no tenga, que pueda alquilarla á Dios ó prestársela, pues todo hombre criado y todas las cosas son mas propiamente de Dios que suyas? Sino que habla al estilo de lo que entre los hombres pasa, que entre ellos el que es rico y alquila una cosa, señal es que no gusta de tenella ordinariamente en su casa, sino alquilarla al tiempo de la necesidad y volverla, acabada esta, á su dueño; así, Dios es tan enemigo de castigos y penas, que da á entender que no hay en su casa instrumentos para darlas mientras esta vida dura, sino que las alquila para echarlas luego de su casa cuando hubiere acabado el castigo. Al revés dice san Pablo de las misericordias, que Dios es padre dellas; como diciendo que ellas son sus hijas, y que nacieron como tales en su casa y nunca faltan della, y los rigores y penas son extrañas y peregrinas de la casa de Dios; lo cual dijo Esaías por este mismo término: Para hacer Dios su hecho usa de hechos peregrinos y extraños y ajenos de su condición; esto es, que para hacer misericordia, que es obra propia suya, como la Iglesia lo canta en una oración, usa de obras ajenas de su condición, que son castigar y afligir; porque los castigos que agora hace y envía son avisos misericordiosos, son golpes de su espada con vaina y todo, como dicen; que son de la justicia enwelta y detenidos los filos con la misericordia, como los hombres hacen cuando con la espada pretenden avisar, y no matar ni herir. Así lo hace Dios, reservando la herida y rigurosa justicia sin misericordia para el dia del juicio, de quien dice por un profeta: Yo sacaré mi espada de su vaina, y entonces sin estorbo ni impedimento, herirá de agudo por sus enemigos; de manera que quedará la espada en la mano derecha fuerte, desnuda de misericordia, y en la izquierda la vaina. Como pintan las pinturas antiguas de la Iglesia al Hijo de Dios cuando viene á juicio, en la una mano la espada desnuda y sola, que significa la justicia, y en la otra un ramo verde apartado al otro lado, que es la misericordia, y encogidos los pies, para quitar las esperanzas al pecador para echarse á ellos á pedir perdon ni misericordia; pero mientras duráremos en esta vida no es la justicia para herir ni matar, sino para avisar blandamente con trabajos y afliciones, por no haber los pecadores á quien se envían dado lugar ni admitido otro suave remedio. Esta mala gana con que el Señor castiga dió á entender por un profeta, amenazando al pueblo: Yo haré en tí un castigo cual nunca le hice. Pues, Señor, ¿no fué mayor el del diluvio y el de Sodoma y el de Egipto? Sí; pero hácese á Dios tan de mal el castigar, que cada pena, por pequeña que sea, le parece grandísima y la mayor que ha enviado, y por eso dice que nunca le habrá enviado tan grande. Esto mismo dió á entender en todos los castigos con el espacio con que los hacia. El primero de todos vino á hacer paseándose al medio dia y echando delante muchas preguntas, y una dellas á Adán, que dónde estaba. Cuando hubo de destruir el mundo por el diluvio dice que le dió dolor de corazón, que quisiera mas no haber hecho al hombre que castigarle; y esperó ciento y veinte años, en que veían ha-

cer el arca y oían predicar al patriarca Noé, amenazándoles de parte de Dios. ¿Qué de diligencias para emendar los de Sodoma? ¿A qué partidos tan baratos salía con Abraham para perdonarlos? Teniendo de su parte tan clara justicia y infinito el poder para contentarla; y siendo no menos infinita su sabiduría, que en el libro della dice que todo lo alcanza y penetra de cabo á cabo, dice que quiere, primero que castigue, bajar á ver por sus ojos si es verdad lo que de los sodomitas claman sus pecados; y si lo es, los perdonará por solos diez justos que entre ellos haya. Y dejando de discurrir por los demás castigos, ¿qué diremos del último que se ejecutará el día del juicio, donde, aunque sola la justicia, como agora decíamos, hará su hecho? Para mostrar Dios su poca gana de la condenacion de los malos precederán tantas señales que vengan avisando, segun la comun exposicion de los doctores y los avisos que dejó por los profetas, que, como atalayas que ven venir la avenida del río, avisan con señas y voces á los que pueden correr peligro; y fuera destas, los avisos son grandes del mismo Señor en el Evangelio, en que gastan los evangelistas muchas hojas á fin de que huigamos de la ira de Dios. Y al cabo, en el mismo juicio muestra su mala gana de pronunciar contra los malos sentencia de condenacion, en que, estando ellos y los buenos presentes, comenzarán de los buenos, porque tarde mas un poco la condenacion de los malos; y aun esto quiso significar en la diligencia y varios medios con que quiso reducir al traidor de Júdas la tarde antes de su pasion, haciéndole favores, dándole su cuerpo, encubriéndole de los demás apóstoles, lavándole los piés, que tan malditos pasos habian luego de dar para venderle. A este fin dice san Juan Crisóstomo que secó Cristo con sola su maldicion la higuera cuando la halló sin higos, por hacer un castigo delante deste miserable, en que entendiese que, con ser Cristo bueno y manso, era tambien justiciero y riguroso, como lo pareció en aquel hecho; ¿cuánto mas lo sería contra tan gran pecado como venderle? Y no hizo esta demonstracion en algun hombre, porque nunca quiso castigar á ninguno; que no venia á juzgar el mundo, sino á darle vida. Y aunque sabia que nada desto habia de aprovecharle para su emienda, pero quiso en estas cosas mostrar su inclinacion y deseo de su salvacion, y la pena que tenia de su dureza; como el que juega á los bolos, que, viendo ir torcida á una parte la bola, se tuerce hácia la contraria, por discreto que sea y por mas que entienda que ella no ha de torcer el camino, sino ir por donde primero la guiaron; ó como la madre que quiere tiernamente al niño enfermo y desafiuciado de los médicos, y con él trabaja y se cansa, con él gasta sus dineros, y muerto, le llora. Decid, mujer, ¿por qué trabajais con este niño de día y de noche á tanta costa de vuestra hacienda y salud, pues sabeis que así como así ha de morir? Responderá que lo hace porque es su hijo y tiene esa inclinacion y deseo que sane. Así el Señor con este traidor, sabiendo certisimamente, y sin esperanza de suceder lo contrario, que no habia de emendarse. Y lo que como en muestra usó con este malo y traidor discípulo, dice san Pablo que hizo con los condenados precitos, sufriendo con mucha paciencia los vasos de ira, que son los que

se han de condenar, aparados para el fuego, para mostrar las riquezas de su misericordia en los predestinados.

Estos sentimientos, diligencias y significaciones nos dice Dios en su Escritura para acordarnos la mala gana con que nos castiga y envia trabajos, como el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice, por desarraigar la mala opinion que algunos tienen de su misericordia, pensando que se huelga Dios de enviarlos, juzgando el corazón de Dios por el suyo, que no tienen día mas alegre y próspero que cuando el que les ofendió viene á caer en sus manos; siendo tan al contrario como en la Escritura parece, por la cual consta que primero llama, primero provoca con beneficios generales y particulares, primero avisa, primero amenaza, primero espera, primero envia sus profetas y predicadores, sus interiores inspiraciones, y otros medios, y no deja piedra que no mueva; desto sirven las amenazas, los nombres de los instrumentos de su ira y castigo, como este santo dice en otra parte, que cierta cosa es que en el cielo ni hay espada ni arco ni saetas ni fuego con que enderezallas, ni otros vasos ó instrumentos de muerte; no las nombra para usar dellas, sino para no usallas; porque quien tiene en su mano todos los fines de la tierra, y quien crió todo lo que vive y no vive en ella, poca necesidad tenia de esas armas, y quien con moscas, ranas y mosquitos destruyó los egipcios no tiene para qué amolar espadas ni blandear lanzas. Pues ¿por qué lo dice? dice este santo: Por ponernos miedo como á groseros, y no usados á tenelle sino destas armas y instrumentos, para que, mediante él, haya enmienda, y mediante esta cese la necesidad de las mismas armas. Y por eso no dice, hirió, tiró, mató, disparó; sino que, flecha el arco, blanda la lanza. De manera que con la variedad y multitud de armas pone miedo, y con la manera del decir pone confianza y muestra su paciencia; lo cual no hace el enemigo cuando pretende hacer herida ó matar, que en tal caso no amenaza ni se descubre; pero Dios sí, porque no gusta de matar, sino de la emienda, por donde no mate; como los padres cuando la quieren en sus hijos, y no lastimarlos, alzan voces que signifiquen ira y enojo; así Dios con el pecador. Todo esto, con otras cosas, dice allí este santo, y añade que por esta razon hay mas en la Escritura de amenazas que de regalos y promesas, porque los hombres mas se mueven á seguir la virtud y dejar los vicios por temores y amenazas que por regalos: tan groseros y villanos somos, especialmente los que menos sienten de su bien y mal. Así que, todos son medios para reducir al pecador, hasta que, vencida su clemencia con la dureza del hombre, procede al castigo con grandes significaciones de dolor, como lo hizo en el del diluvio general y el de Sodoma.

Peró mucho lo significó por un profeta cuando dió la sentencia contra Samaria y se determinó de destruirla y asolarla, poniéndola, como allí dice, hecha un monton de piedras en el campo; lo cual ejecutó después por mano de los asirios. Dice luego en dando la sentencia: Sobre lo cual lloraré y plantearé con aullidos, despojado de mis vestiduras; desnudo iré haciendo llanto como de dragones y de avestruces, porque su llaga es incurable y desahuciada. Y aunque se podría pensar que el profeta dice esto en su persona, llorando

y sintiendo este mal de aquel su pueblo, como otros profetas suelen otras veces lamentar otros males y castigos como él; y así, no se prueba, al parecer, con eso el sentimiento de Dios que le castiga, sino del Profeta; pero san Jerónimo dice que el Profeta en estas palabras habla haciendo una representacion de la persona de Dios, que llora y lamenta la perdicion de aquel pueblo con tanto encarecimiento, todo á fin de que entendamos cuán contra su inclinacion y voluntad nos castiga; de que el mismo Dios, no solo saca provecho para los hombres, sino para sí mismo, unos honrosísimos títulos que los profetas le dan, y de que siempre, después que con los hombres trata, se ha preciado y quiere ser así llamado y invocado por ellos, como él enseñó á Moisés, y de allí lo aprendieron los demás. Los títulos son: misericordioso, sufrido, perdonador, y al que le pesa cuando aflige á los hombres. Así se le da el profeta Joel cuando convida á los hombres que acudan á su misericordia: Convertíos (dice) á mí de todo vuestro corazón con ayunos, lágrimas, llantos y sollozos; despedazad vuestro corazón y dejad vuestras ropas, y convertíos á vuestro Señor Dios, que es benigno y misericordioso y le pesa cuando castiga; que esto es en hebreo: *Praestabilis super malitia*, segun dice san Jerónimo y todos los que tratan la lengua hebrea; lo cual parece tomado de la oracion del rey Manasés, que está al fin del segundo libro del *Paralipomenon*, que, por ser tan devota y á propósito de los pecadores que se sienten cargados y afligidos con muchos y muy torpes pecados, la quiero poner aquí en romance, para que en sus oraciones cristianas imiten las palabras y espíritu deste rey; y á pocas palabras desde el principio están las que nos vienen aquí al propósito y nos hicieron acordar de ponerla en este lugar.

## § III.

La oracion del rey Manasés.

Señor todopoderoso, Dios de nuestros padres, Abraham, Isaac y Jacob, y de su justa descendencia, que hiciste el cielo y la tierra, con todos sus atavíos, que encadenaste al mar con sola la palabra de tu mandamiento, que encerraste el abismo y le sellaste con tu loable y terrible nombre, de quien todas las cosas tienen pavor y tiemblan delante de tu poder, por ser soberana la manificencia de tu gloria, y la ira de tus amenazas sobre los pecadores insufrible; pero la misericordia de tus promesas inmensa y incomparable; porque tú, Señor, eres altísimo, benignísimo, esperas con grande longanimidad y misericordia, y dueleste y te pesa cuando trabajas y afliges á los hombres; tú, Señor, segun la muchedumbre de tu bondad prometiste penitencia y perdon á los que te ofendieron, y entre tus innumerables misericordias, concediste la penitencia, saludable á los pecadores. Pues tú, Señor, Dios de los justos, no pusiste la penitencia por los justos Abraham, Isaac y Jacob, que no te ofendieron; por mí, pecador, la concediste, Señor, porque te he ofendido mas veces que arenas tiene la mar. Multiplicado se han mis maldades, Señor, multiplicado se han mis maldades, y no soy digno ni merezco alzar mis ojos para mirar la altura del

cielo por ser tantos mis pecados; acorvado me tienen muchas cadenas de hierro, en tanta manera, que no puedo alzar la cabeza ni echar el aliento, porque he provocado, Señor, tu ira y obrado mal delante de tu acatamiento; no liice tu voluntad ni guardé tus mandamientos; determinéme en las abominaciones y multipliqué tus ofensas. Agora, Señor, hincó las rodillas de mi corazón á pedirte tu misericordia. Pequé, Señor, pequé, y conozco mis maldades; por tanto, lo que en esta oracion te pido humildemente es, perdóname, Señor, perdóname, y no me destruyas junto con mis maldades, ni me la guarde para siempre tu ira, ni me condenes á las cárceles que están en lo mas hondo de la tierra; porque tú, Señor, eres Dios, digo Dios de los que hacen penitencia; y sin buscar otro, en mí podrás mostrar toda tu bondad, porque habrás librado un indigno, segun tu gran misericordia, y en solo alabarte emplearé todos los días de mi vida, porque todas las virtudes de los cielos te alaban, y tuya es la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

## DISCURSO IV.

De la razon por que envia Dios trabajos á los hombres.

Ya parece que revienta el deseo del cristiano curioso por saber la causa por que Dios envia trabajos á los hombres y los lleva por el camino dellos, siendo padre piadoso y amándolos tanto como los ama, pudiendo llevarlos por otra mas suave y menos áspera vereda. Claro está que si convidase un rey á un amigo suyo á comer y quisiese festejarle; y venido el convidado, puestas las mesas, y los manjares ya aderezados, y todo á punto, mandase delante de sus ojos alzar las mesas sin comenzar á comer, cortar los árboles, abrasar las flores, detener ó enturbiar los arroyos, agotar los estanques, espantar la caza, derribar las casas, y que los preciosos manjares se perdiesen y el convidado se quedase sin comer, pareceria mas haberle querido burlar y afrentar que regalarle. Y si á este ó á otro amigo quisiese hacer una fiesta en un hermoso bosque ó en alguna casa de placer, y en eso entendiese con muchas veras, haciendo muchas demostraciones de quererle festejar y regalar muy de propósito, y después le mandase llevar al bosque por un camino áspero, barrancoso y peligroso, lleno de peñascos y de ladrones, y seco, sin agua ni verdura, y muy gran número de fieras, donde peligrase su vida á cada paso, claro es que daria qué pensar al convidado y le tendria perplejo aquella traza de su amigo, mayormente habiendo otro camino por donde encaminarle, llano, fresco, apacible, seguro y deleitoso. Pues eso mismo hace Dios con el hombre, que, teniendo puesta para él en este mundo la mesa con tanta diversidad de manjares, tantas florestas, frescuras, estanques, y otros deleites para su servicio y regalo, con tanto oro, plata y piedras preciosas, y todo el mundo ordenado y aderezado, no con otro fin sino para que él lo goce y sea señor de todo lo que en él hay á su voluntad, al tiempo que lo ha de comer y gozar manda que no toque con desórden á cosa criada, á riqueza ni contento, ni coma ni vista preciosamente, y gusta de que todo lo deje, sin haber para quién sea cuanto para su regalo está ade-

rezado; pues los ángeles no lo han menester, y las bestias ni lo precian ni lo alcanzan. Asimismo, habiendo el mismo Señor criádole para gozar eternamente con él la bienaventuranza, y encaminándole desde que nace para ella, pudiéndole encaminar por vida contenta y regalada, sin penas, trabajos ni enfermedades, y aun habiendo comenzado á ponerle cuando le crió en este camino, le manda agora ir por caminos ásperos, de trabajos, lágrimas y afliciones, gustando mas cuando mas desto se padece; andando á gran peligro de la vida eterna por tierra de ladrones, que pretenden con mucha rabia despojarle del caudal que lleva, por abundancia de fieras, que procuran con gran furia estorbar este camino. Pues, siendo esto así, no es mucho que el hombre á quien le toca desee saber la razon deste secreto; lo cual se hará con el favor de Dios en todo el discurso deste segundo libro, comenzando deste en que vamos.

Lo primero se presupone que, no porque se ignoren las razones deste misterio, se concluye que no las hay; porque, como en el prólogo deste segundo libro queda dicho, muchas cosas quiso Dios que fíásemos de su amistad, aunque para averiguallas, después de creidas, nos quedó licencia. Y así como cuando se levanta algun grande y costoso edificio, preguntado el cantero que labra una piedra de la traza dél y del asiento que aquella piedra que allí labra ha de tener y la figura que ha de hacer en el edificio con las demás, responde el oficial que él no sabe mas de aquello que le encomendaron; que el fin y la traza el maestro mayor la sabe. Y así como si un cirujano famosísimo tuviese atado de piés y manos á un hijo suyo que muy tiernamente ama, y le aparejase cauterios, echando chispas para abrasarle, el que lo viese de léjos entenderia que no sin causa lo hacia; así nos manda Dios caminar por trabajos y tribulaciones, que, como es maestro mayor deste edificio espiritual de aquella Iglesia triunfante, no hemos de pensar que manda con adversidades labrar las piedras sin gran por qué, ni que los cauterios que nos manda recibir á todos con la obediencia de su voluntad son sin causa, aunque viéndola de léjos no la entendamos, pues es padre nuestro piadoso, y tan excelente médico y cirujano. Ni seria muy cuerdo el que, viendo á otro danzar desde léjos, pensase que aquello era locura, por no oír en aquella distancia el son, con quien conforma el danzante los meneos de sus piés. Pero, con todo eso, no faltan razones sacadas de las entrañas de la Escritura y de la dotrina de los santos doctores, para que dellas saque el hombre gloria para Dios y consuelo para sí en sus adversidades y trabajos.

Supuesto lo dicho, la duda deste discurso se parece con otra que muchos tienen, y aun se incluye en ella: por qué Dios, habiendo tan liberalmente y con tanta misericordia perdonado al hombre su pecado, y por un sacrificio de tanto valor y tan acepto á su divina Majestad, como fué la vida y sangre de su unigénito Hijo, en cuyos méritos y satisfacion se confiesa la justicia de Dios por satisfecha á su contento y con gran descanso, volviéndole en su gracia y amistad, no le volvió á poner en el estado á cuya privacion le habia condenado, ni le quitó el rigor de los capitulos de su sentencia, que fue-

ron condenarles á destierro perpetuo del paraíso terrenal, poniendo á la puerta dél un ángel con una espada de fuego para defenderle la entrada; asimismo á ganar la comida con su sudor y trabajo, y á Eva á dolores terribles en sus partos; y finalmente, al mayor y mas terrible de los males, que es la muerte. Duda es esta que ha hecho reparar á muchos, y sabida la respuesta della, quedará entendida la deste discurso. Respóndese pues á esta que en habernos dejado Dios las penas del pecado, á que fuimos sentenciados por él, nos hizo mucho mas bien que nos hiciera si nos las quitara; lo cual otra sabiduría que la suya no pudiera alcanzar. De manera que, miradas bien todas las cosas, no usó solamente de oficio de juez, sino usando el de padre y el de médico, no pudiera hacernos mayor bien ni aplicarnos mejores ni mas saludables medicinas que las mismas cosas á que nos condenó; porque, sin quitar un punto dellas, mudó su propiedad la misericordia, y todo el rigor que la justicia miró en ellas le volvió en blandura y provecho su misericordia para nuestro remedio. En este sentido declara el bienaventurado san Jerónimo aquel salmo, que comienza *Confitebimur*, en aquel verso: El cáliz en la mano del Señor, etc. Pinta á Dios con dos vasos en la mano, uno de justicia, otro de misericordia; y cuando da á beber el de rigor de justicia echa dulce de su misericordia, para que, bebiendo penas, bebamos medicinas; y si la justicia de Dios desnuda la espada para matarnos, la misericordia la adelgaza la punta para que sirva de lanceta con que nos saque la mala sangre; y si la justicia nos pone en el potro de los trabajos para atormentarnos, la misericordia hace que los cordeles que nos aprietan sirvan de despertarnos del sueño y apoplejía del pecado en que estamos; y si las malas inclinaciones, que fueron tambien penas de aquel pecado, nos quieren derribar al infierno, la misericordia de Dios hace que nos sirvan de ejercicio con que luchemos para merecer el cielo, que se ha de ganar peleando.

Veamos esto mas en particular. La primera pena que Dios nos condenó fué destierro: echó á Adán del mas hermoso jardin, de los aires mas cordiales, de las fuentes mas frescas, de las frutas mas sabrosas, de los olores y músicas mas excelentes que jamás la imaginacion ha podido alcanzar; rigor parece, pero la enfermedad era tal y de tal calidad, que, vista por Dios, halló que nos convenia venirnos á vivir á los aires naturales de nuestra tierra basta; y que si allí curáramos, se hiciera incurable; porque si la de la fruta baladí que acá tenemos se encarniza tanto la gula, que nos hace quebrantar tantos ayunos, ¿qué hiciéramos con aquellas dulcísimas frutas del paraíso? Con una manzana vedada, con su sabor hizo á Adán, con tanta gracia de Dios, dar de ojos y perderla con tantos bienes, ¿qué hiciéramos nosotros, flacos y sin gracia? Si en esta tierra, donde el mas fino paño es de lana de ovejas, el mas delgado lienzo de viles yerbas, y la mas fina seda de unas babas de gusanos; si por cosas tan viles hay tantas codicias, enemistades, tantos pleitos y marañas, que están las audiencias llenas y los abogados cansados, enfadados los jueces, los unos y los otros perdida la atencion; de donde han venido tantos perjuros, falsarios, desterrados,

galeotes, ahorcados, ¿cómo nos sufríamos y nos sufriera Dios en el paraíso terrenal, donde de solas hojas de higuera y de pieles de animales se hacian preciosísimos vestidos, y lo menos que los rios dejaran las orillas fueran diamantes y carbuncos preciosos y estimados? Si con deleites tan breves y tan ligeros, y con mujeres tan bastas se encienden los hombres tan á menudo y tan sin rienda, ¿quién se la pusiera en el paraíso, donde todo fuera de mucho mas gusto y hermosura? Si con tantos trabajos el segador en la hoz, el galeote en el remo y el casado con las cargas del matrimonio, todos nos hallamos bien en esta vida, ¿quién nos despegara del árbol de la que tanta diferencia le hacia, y nos arrancara de aquel fresco vergel y perpetua primavera? Luego misericordia paternal y medicina fué sacarnos de allí.

La segunda pena fué poner el querubin para defender la puerta con espada de fuego. Ni este querubin con su espada es el calor que el otro dijo de la tórrida zona, que hace inhabitable aquella parte donde está el paraíso; ni es el purgatorio, que defiende la entrada del cielo por algun tiempo, que verdaderamente y á la letra hubo allí querubin en figura humana, y significó que en todos los paraísos del mundo y temporales puso Dios el querubin que nos defendiese el gozarlo; de manera que no hay estado, ni hay dia ni república ni entretenimiento que goce de entero descanso y cumplida felicidad y paraíso; sino que siempre hay un querubin que nos agua con desgustos el sabor y nos defiende con azares las buenas suertes. Dice la Escritura que el primer dia del mundo se hizo de noche y dia, que hasta aquel hubo de tener sus tinieblas. Hasta el colegio apostólico hubo de tener su Júdas; La Iglesia querida de Cristo sus miembros podridos; la república romana, cuando mas dichosa con Catón, hubo de tener á Catilina; y como dijo Crates, filósofo: No hay granada que no tenga un grano podrido; no hay alma tan justa que goce con tanto sosiego de la virtud, que es su paraíso, que no tenga sus tinieblas de pecados. No hay justo, dice el *Eclesiastes*, no hay justo tan justo en la tierra, que no tenga algun pecado; ninguna cosa es feliz de todos lados. Homero dice que el ejercicio de Júpiter en el cielo es mezclar pesares y contentos con la vida del hombre, que es lo que dijo mejor el Espíritu Santo: La risa se mezclará con dolor, y los cabos del contento toma el llanto; no hay nacion tan bárbara que esto no alcance. Los romanos hicieron honra á dos diosas, Angeronia y Volupia, que de lo que significaban les dieron los nombres: Angeronia, diosa de las angustias; y Volupia, de los deleites; y en mitad de la capilla y altar de Volupia tenian la imágen de Angeronia; porque en mitad de los gustos se ha de esperar la amargura, y en mitad del paraíso la espada del querubin. Cuando mas devota misa quereis decir, hay disgusto y ocasion que os divierte; cuando mejor huelga, teneis concertada la mala nueva que la enturbia; y finalmente, no hay paraíso cumplido, grave rigor de pena; pero con todo eso, antes da esperanza de salud que condenacion de muerte; como cuando el médico veda al enfermo el vino y algunas comidas y se las quita de la boca, esperanza tiene que sanará; pero cuando le desveda el prado y le

da que coma de todo, desafiada está la enfermedad, como san Gregorio dice. Luego, misericordia fué del médico celestial vedarnos la entrada de los paraísos.

Las otras penas fueron mas claras. A la mujer, dolores de parto, y sujecion al varon; al hombre condenó al azadon y sudor; y esto fué tambien medicina. Serpientes mordieron y lastimaron á los israelitas; ¿qué remedio? Levantar en alto hácia el cielo una serpiente, y desta manera la serpiente que hizo la llaga se tornó medicina; así los trabajos y dolores que nos lastiman, ofrecidos hácia el cielo, medicinas son que nos curan, esa es la paciencia cristiana. Los filisteos, azotados de Dios con ratones, que todas sus haciendas les roían, y con unos higos de carne ó diviesos ó nacidos, dolorosos y enconosos, que en lo secreto de su cuerpo les nacian, no dejándoles sentarse, preguntaron á sus sabios qué medicina tendrian para esta plaga de ratones, y dijéronles: Haced unos ratones y diviesos de oro y ofrecellos al Dios de Israel, que os lastima; y esos así ofrecidos os serán medicina. Vergonzosa cosa es que supiesen los sabios hechiceros de los filisteos esta filosofía, y los grandes sabios cristianos nunca acaben de entender que los trabajos y dolores, aunque á solas y á secas son terribles penas, pero levantados y ofrecidos á Dios son medicina.

Últimamente condenó Dios al hombre al mas terrible mal, que es la muerte, de quien los demás son como ministros y oficiales, y mensajeros ó aposentadores, y en ella se encierran todos juntos, pues ella es un general de todos los bienes desta vida, pues ella es pobreza, privacion de salud, de vista, de sentidos, de contentos, de oficios de amigos, de hijos y mujer, de haciendas, de casas, de criados, de mandos al fin de la vida, que es con que todo se goza. Y por eso dijo bien Aristóteles que es lo mas terrible de todas las cosas terribles; rigurosa parece la condenacion mas que las pasadas, y no parece que hay pasar mas adelante en razon de naturaleza; pero bien mirado, es sin duda eficacísima medicina de todos los males, tan léjos está de acarrearlos y agravarlos todos. La razon es porque con sola la muerte se atajan todos ellos. Si muerte no hubiera, ¿quién dejara la mujer ajena? Quién restituyera? Quién cumplirá lo prometido? Si desde Adán acá nadie hubiera muerto, ¿qué abominables maldades se hubieran cometido y se cometieran! Si estando seguros de morir pudieran haber palos y cuchilladas, ¿qué de hombres hubiera ya sin piernas y sin brazos y sin ojos, cruzadas las caras! En asegurando el demonio á Eva no moriréis, luego acabó con ella que pecase y acabara cuanto quisiera. Y por otra parte, en nombrándole Natan la muerte á David: Tú eres, rey, el que mereces la muerte. ¿Muerte dijistes? No se la hubo bien mentado cuando dejó el pecado y le limpió con penitencia. Pues purga que con sola su memoria lanza el mal humor, ¿no es eficacísima medicina? Pero dejemos agora los males del alma, que todos los purga la muerte. Vengamos á los del cuerpo de que tratamos, que tambien los ahoga y acaba; y así, con razon la llamaremos descanso y quietud en los trabajos. Donde dice Job que en un punto los ricos bajan al infierno, la palabra hebrea dice: En el descanso, que es la muerte. Y la misma está en otra

parte donde dice que visita Dios al hombre de mañana, y le prueba y castiga súbitamente, está el mismo vocablo en el descanso. Resucitó la otra fitonisa ó hechicera á Samuel, por mandado de Saul, y dijole en resucitando: ¿Por qué me inquietaste, haciendo que me resucitasen? Pues ¿cómo el alma en el limbo y el cuerpo en la sepultura no desean resucitar? En parte gustan de estar allí descansando de tantos trabajos de la vida. De manera que, aunque la muerte del justo no fuera entrada de su gloria, bastábale para ser dichosa medecina lo que san Juan dice que le mandaron escribir, que de aquí adelante, esto es, desde la hora que muere el justo en el Señor, dice el Espíritu Santo que descansan de sus trabajos. Cuanto mas que, allende de ser fin de males de alma y del cuerpo, es tambien principio de todos los bienes, porque es la que nos mete en posesion de la bienaventuranza. Fácilmente se consuela el hijo mayorazgo, que andaba en desgracia de su padre á pleitos por los alimentos, arrastrado y trampeando cuando se muere su padre, porque entonces entra en posesion del mayorazgo. Así el bueno perseguido, sin alimentos, con trabajos y necesidades, ¿qué otro consuelo ni remedio puede tener sino la muerte, para entrar á gozar del mayorazgo del cielo?

Pues si el destierro del paraíso, si el acibar de los contentos, si los dolores y los sudores, si los trabajos, todos cuantos hay en la vida, que son ministros y mensajeros de la muerte misma, son medicina de nuestros males, y ella los acaba y comienza los bienes; respondido sea está el por qué, siendo Dios padre piadoso y amigo de los hijos de los hombres, dado por contento de la paga de su ofensa por su Hijo, nos deja en esta vida con trabajos y de la manera que en el discurso pasado queda dicho, él mismo nos los envía, pues con ellos mismos nos libra dellos, y nos cabe mas bien con estos males que si nos librara dellos. Esta sea pues la primera razon y mas general; las demás serán mas particulares, que nos digan los fines de Dios mas particulares y mas repartidos.

## §. II.

De otra razon por que envia Dios trabajos á los hombres.

No se contenta la bondad de Dios con comunicarnos su gloria, con que el mismo de su cosecha es bienaventurado, y aquel reino sin fin, cuyo descanso y bienaventuranza no cayó jamás en pensamiento criado, donde quiere que cada uno sea rey, sin que el serlo estorbe á los demás, sino que se goce con mas gusto y contento, y sea del que lo goza mas estimado, como lo es el que un rey ganó á punta de lanza y por fuerza de armas, mas que el que posee por herencia y sucesion de sus pasados; y este bien hace Dios á los hombres cuando les envia trabajos y ofrece ocasiones de pelear, aunque las fuerzas, armas y municiones con que este reino se ha de conquistar todas vienen de su mano; lo cual declara san Juan Crisóstomo, comparándole al rey que quiere que su hijo, aunque sea mocho, vaya á la guerra con él, y salga y pelee y sea visto en el real, y por otra parte el padre gobierna la guerra y hace la costa della, solo á fin de hacer al hijo compañero suyo en el triunfo. Bien pudiera Dios darnos este reino y bien-

aventuranza sin méritos; pero quiso que no careciésemos deste gusto de haberle ganado peleando; lo cual el Redentor mismo nos notificó en su Evangelio, cuando dijo que el reino de los cielos por fuerza de armas ha de ser conquistado, y que los valientes y esforzados se lo arrebatan, y los que con mas violencia le conquistaren, su trabajo les ha de costar, y las armas ha de tomar el que quisiere reinar en él. Esta pelea se ha de hacer con nosotros mismos, á lo menos sin esta no se puede alcanzar el reino. Porque, como san Ambrosio dice: Acometemos este reino, no con espadas, palos ni piedras, sino con mansedumbre, buenas obras y castidad. Estas son las armas de nuestra fe con que peleamos en este asalto; pero para poder usar bien dellas, para hacer esta fuerza al cielo, primero es necesario hacella á nuestros cuerpos y vencer los vicios de nuestra carne, para alcanzar el premio de las virtudes; porque primero hemos de reinar en nosotros para alcanzar el reino del Salvador. Hasta aquí son palabras de san Ambrosio. Así que, por pelea se ha de haber este reino, y esta se ha de hacer primero á nosotros mismos; así lo decia y hacia san Pablo: Yo corro este camino no sin saber donde voy; peleo no como quien azota el aire, que, como san Augustin dice, declarando estas palabras: Bien sabia san Pablo que peleaba con el demonio; que así lo dice él en otra parte: No luchamos con carne y sangre sino con los príncipes destas tinieblas; pues dice agora: Cuando peleo no tiro los golpes al demonio, que, como no tiene cuerpo, dirá alguno que ando azotando el aire. Esto es, no me contento con querer mal al demonio, ni con decir mal dél, ni con borrarle la cara cuando le hallo pintado, sino doy los golpes en mi propia carne, castigo mi cuerpo y hágole servir con sujecion; lo cual aprendió el santo Apóstol de su Maestro, que, como el mismo Apóstol dice en otra parte: Triunfó del demonio y sacóle á la vergüenza, afrentándole públicamente, matando en sí mismo, en su propia persona, las enemistades. De aquí es que no te ha de parecer á tí, que pretendes y conquistas este reino, que, por haber de padecer te cuesta caro, pues no lo suele ser la mercadería que el mercader que la vende jura que le costó lo que pide por ella; pues Cristo puede jurar que le costó mas á él, pues fueron azotes, afrentas, injurias, trabajos y muerte de Dios, cuando la compró para nosotros. Luego los golpes deste combate se han de dar en su propio cuerpo del que le hace; en lo cual se ve ser mas dificultosa pelea que la de los conquistadores de los reinos de la tierra, porque estas solo tienen trabajo en el caminar, sudar, el trasnochar, el cuidado de lo que conviene hacer, el menear las armas y recibir los golpes del enemigo; pero aquí sobre eso hay que los propios golpes que el conquistador diere han de caer y descargar en su propia persona; y esto es lo que san Ambrosio decia en las palabras arriba dichas. Y porque esta pelea ha de ser ordinaria, que, cuando menos pensamos, tocan al arma nuestros enemigos, es necesario andar siempre las armas á cuestas y con destreza de pelear; la cual se gana con el ejercicio del padecer, porque en la guerra cualquier descuido es muy dañoso y perjudicial. Por esto daba aquel famoso y valeroso capitán, Julio César, muchos sobresaltos y rebatos falsos á sus

soldados, haciéndoles encreyente unas veces que el enemigo estaba media legua y á punto de pelear, otras les publicaba rebato á media noche y á deshora, porque anduviesen siempre apercebidos; otras veces les mandaba tomar las azadas para hacer las trincheas, otras caminar; vez hubo que les hizo caminar trece leguas, con fama que le esperaba el enemigo, y llegados al puesto, decia: Huido nos han. Así, si nosotros nos apercebimos con ayunos extraordinarios, con romper la costumbre de los vicios, del jugar, de la conversacion y el gusto del hablar con personas sospechosas, seria de gran importancia para la pelea tan ardua y peligrosa como tenemos; pero Dios lo hace así con los hombres, porque cualquier descuido nos dañaria mucho; y vemos que las armas lucias y acecaladas se toman de orin si no las ejercitan; y se manca un caballo de estar mucho sin andar, y aun los hombres por falta de ejercicio pierden el andar y las fuerzas, por grandes que sean, como parece en las religiones, que hombres que entran en ellas de grandes fuerzas, si acaso no les cabe algun oficio en que las ejerciten, las pierden en poco tiempo; así nos quiere Dios tener ejercitados en pelear, porque al tiempo del menester no nos hallemos torpes. La ventaja que lleva, entre otras, el ardid de Dios al de César es, que los rebatos en que Dios nos pone no son falsos ni fingidos, ni tienen solo ese fin de ejercitarnos; sino que son verdaderos asaltos y pelea verdadera, donde se ejercita, no solo las fuerzas y el cuidado, sino tambien la paciencia; siempre se despierta el dormido, siempre se pelea y se gana, no tierra, como acá dicen, sino cielo, que es el que se conquista, y este es el intento de Dios.

En esta guerra habíamos, como el César hacia, y nuestro Dios con tanta ventaja hace, de sacar estas peleas de nuestro cuidado y voluntad, buscando y escogiendo las ocasiones, ejercitando las armas, inventando ardid para vencer á nuestros enemigos, mortificando cada hora nuestra carne, presentando nosotros la batalla, porque el acometer suele despertar el esfuerzo y coger al enemigo á veces desaperebido y con esta ventaja menos; pero, como somos los hombres flacos, amigos de nuestra carne, como san Pablo dice, que ninguno hay que aborrezca la suya, huimos los trabajos y afliciones, y las virtudes por venir cargadas con ellos; y á esta cuenta muchos de nosotros nos pasáramos de buena gana sin el reino del cielo, por el contento desta vida y la poca estimacion que hacemos de la venidera; fácilmente nos quedáramos desta parte del Jordan sin pasalle de esotra parte, por muchos bienes que allí se prometan, ¿cuánto mas habiéndose de conquistar con tan prolija y trabajosa pelea? Por eso nuestro Padre piadosísimo, Dios, provee que del cielo nos saquen desta pereza, y de allí vengan los trabajos que no buscamos ni preciamos, con los cuales, bien padecidos, conquistemos este reino; de que le habíamos de dar gracias infinitas y alabanzas, como el enfermo necesitado de perder una pierna ó brazo, porque su mano naturalmente huye de cortarse la parte enferma y cancerada, agradece y aun se lo paga al cirujano que le ata y le corta, aunque con gran dolor, el brazo ó pierna. De manera que con los trabajos conquistamos el reino y vencemos

los enemigos, cuando de nuestra voluntad los tomamos; y si no, cuando con igual ánimo los padecemos; lo cual es á las veces y en parte mas seguro, porque cesa la sospecha de que padecemos en lo que por nuestra voluntad escogemos; y así, menos difíciles y trabajosas se sospecha que son, cual es todo lo que por propia voluntad se hace; y así, no tenemos en lo voluntario la seguridad que en los trabajos que Dios nos envía, ni de la prontitud de ánimo para padecer por Dios todo lo que él quisiere, tendríamos tanta experiencia y certidumbre.

## DISCURSO V.

De otra razon por que envia Dios trabajos al hombre, que es el amor celoso que tiene á quien los envia.

Cuando un amator llega á tener celos de lo que ama, es argumento de su grande y encarecido amor; y no hay amor en las criaturas que pueda compararse con el que Dios tiene á los hombres, de quien el apóstol Santiago, en su *Canonica*, dice que ama hasta tener celos; y mas claro lo dijo san Pablo cuando dice á los de Corinto: Esto os digo porque os amo con celos de Dios; lo cual dijo ó porque pedia los celos de parte de Dios, con quien espiritualmente los tenia desposados; como quien dice: No os pido celos del amor que me teneis á mí, sino del que debéis á Dios, con quien os tengo desposados; ó quiere decir, con celos de Dios, como él los suele tener, así los tengo yo con amor limpio y encarecido; de manera que pone san Pablo este afecto en Dios para nuestra manera de entender, como ponemos los demás; ira, enojo, cólera y penitencia para solo significarnos que hará Dios con los hombres lo que suelen ellos hacer cuando tienen estas pasiones, como vengarse los enojados, castigar, etc. Y si entre los hombres hay alguna ocasion de tener celos, que es el correrse un hombre que quiten dél el amor para ponerle en otro, y así le tengan en poco, aunque sea su igual y aun de menos calidad, y mucho mas cuando él en todo hace ventaja al nuevamente amado; mas razon tiene Dios, que es sumo bien, de correrse cuando le dejan por esa sombra de bien que el mismo puso en sus criaturas. Gran desvergüenza seria de una mujer, y mucha ocasion de enojo daria á un príncipe que la recuestase, si se enamorase del paje que lleva los recados y billetes de su amo, movida por unas calzas viejas que su amo le dió de las desechadas, y que en quitándose las quedaria desnudo y asqueroso. Esa vileza hace el alma que de cualquier criatura se enamora, que, cuanto en ella parece precioso ó hermoso, no es mas que un desecho de la riqueza y hermosura de Dios; el cual para eso se la dió y la envia con ese aderezo á recuestalla, para que vea y saque por su cuenta cuánto bien hay en Dios, pues aquello que ella precia salió de su mano, y nadie da lo que no tiene. Eso pretende cuando se nos pone delante un pajarito de mil colores, hermoso, alegre, cantando y gorjeando, que si le preguntais: Ven acá, avecita, ¿quién te dió esa hermosura? Dirá: Diómela Dios, que me crió. ¿Quién te dió esa alegría y esa libertad? Dios me la dió. ¿Quién te sustenta? Dios, que es la hartura de todas las cosas, hasta las pequenitas como yo. Eso

dice el cielo con su grandeza, eso el sol con su resplandor; eso dice el río cuando estáis á su ribera, considerando aquella perpetuidad de su corriente, la frescura del agua, la verdura de las riberas, la hartura de los campos, la variedad y condiciones de los animales, la hermosura de las flores, la verdura de las yerbas, el color del oro y de las piedras preciosas, y todo cuanto parece bien á los ojos mas codiciosos de los hombres, pues la hora que el alma se enamora, aunque sea de la mejor dellas, con injuria del amor de su Criador, ¿cuánta razon tendrá él de tener celos? Por eso mandaba en la ley que cuando quisiese un soldado casar con la cautiva, que primero la cortasen los cabellos y la desnudasen de los vestidos que le dieron sus padres, y llorase ella allí delante del que habia de ser su marido. Esto hacia Dios porque le pareciese fea y no se casase, que era cosa que Dios aborrecia el casarse ninguno de su pueblo fuera dél; y que si así le parecía casarse, se casase. Bien pudiera mandarle sin tanta ceremonia que no se casase con ella; pero quiso mandarlo por este término porque le saliese de voluntad; en figura de lo que vamos diciendo, que en esta peregrinacion y guerra en que vivimos, cuando nos aficionáremos á cosa temporal y quisiéremos casar con ella, que la desnudemos de todo lo que Dios le tiene dado, porque parezca su fealdad y poquedad; que, si bien la desnudamos, ninguna cosa quedará buena, sino quizá alguna mala y fea, que es el pecado, fealdades, afrentas y ocasiones de mal; y si así quisiéremos amarla, nos da licencia; no porque él lo quiera, mayormente para dejarle á él por ella, sino porque sin duda aborreceremos tan mal casamiento con tanto daño, y por significar nuestra libertad del alma con que nos crió para amarle ó dejarle; que su intencion y deseo no es otro sino el que, viviendo con nosotros en carne, nos dejó declarado y encargado que le demos todo el corazon, sin amar cosa ninguna, aunque sea padre ó madre, hermanos, hijos, mujer ó hacienda, mas que á él; antes lo dejemos todo por amarle mejor y mas desocupadamente á él; pues cuanto podemos amar sin él no es digno en sí que se ame, y todo lo que en las criaturas nos puede aficionar está en él con mas primor y perfeccion; y porque nuestro corazon es corto y angosto, y no suficiente para él, sino es porque no somos mas de como él nos crió, todo el corazon quiere, como por un profeta dice: La cama es angosta y no pueden caber dos; aludiendo á las adúlteras que fuera del legítimo marido admiten al amigo; lo cual, si el marido no quiere ó no puede sufrir, menos quiere Dios, que merece mejor la fidelidad de sus almas; y bien mirado, aunque nosotros no merezcamos la suya ni él tenga esa obligacion, pues eso es ser Dios, no tener á nadie ninguna; con todo eso, queremos á Dios de manera que, aunque nos dé riquezas y bienes de la tierra y aun el mismo cielo, y nos haga señores dél y de los ángeles, no se contentaría el alma si no le diese á sí mismo; y así lo hace él: ni estorba ni embaraza, ni agravia á este su amor el comunicarse á muchos, porque es infinito bien y hay para todos, aunque sean tambien infinitos, sin que se estorben unos á otros, antes se ayudan á gozarle cada uno mas, en cuya significacion se convidan unos á otros en la tierra con la bienaventuranza.

Pues agora queda clara la razon que este discurso pretende declarar; porque Dios envia trabajos á los hombres, que es los celos que tiene de su amor, que son los efectos que hay en Dios, correspondientes á los que hacen los celos en los hombres; lo que hace pues el que los tiene es matar la mujer y el adúltero cuando los halla juntos; pues eso hace Dios. Y si el hombre quiere mucho á la mujer, mátales á él, y á ella perdona y escarmienta; pero tanto puede ser el enojo, ó tantas veces ella perdonada, que la mate á ella sola. Así hace Dios, que muchas veces mata al hombre y destruye lo que ama; y otras toma tanto enojo con el alma, que á sola ella mata, como hizo á aquel rico loco, de quien dice el Evangelio que se requebraba con sus talegones, trojes de trigo y bodegas de vino: Alma mia, alegrate, come y bebe, huelga y brinda á tu placer, que tienes con qué para muchos años; y oyó al punto una voz que le dijo: Necio, ah necio, ¿qué cuentas son esas sin el dueño? Esta noche te quitarán la vida, veamos quién gozará de lo que has allegado. Aquí parece cómo mató al poseedor, que es la esposa, y dejó los bienes para que con otro los gozase, como cada dia vemos gozar los extraños los que con tanto afán y á tanta costa de su alma allegan los ricos, como lo lamenta por uno de los mayores desastres del mundo el Sabio en el *Eclesiastes*, diciendo que, andando tomando el pulso á todas las cosas del mundo, vió una muy trabajosa y muy usada entre los hombres; que haya hombres á quien Dios ha dado riquezas, hacienda y honra, sin faltar cosa á su deseo de cuantas puede pedir, y que no tenga ánimo ni poder para comer destes bienes ni gozallos, sino que un extraño lo venga todo á engullir, para que entienda que lo que él en muchos años allega con tanto cuidado y espacio lo gastará otro superfluamente muy apriesa; que es significado por aquel vocablo de engullir. Y así concluye: Y esto es vanidad y grande miseria. Esto mesmo hace Dios con aquel rico y con el alma que le deja cuando se enoja; pero lo mas ordinario es guardar el alma, y perdonarla muchas veces y escarmientarla, pues la redimió y compró por su preciosa sangre, y la limpió y la recogió, habiéndola hallado echada á mal; y él se precia deste estilo y condicion cuando dice por Jeremías: Cosa cierta es, y que nadie, por vulgar que sea, hay que lo ignore, que no hay hombre tan vil y de poca honra que perdone á su mujer cuando la halla cometiéndole traicion; pero esto dice el Señor al alma traidora y adúltera: A tí te he yo tomado á manos con muchos adúlteros; pero vuélvete á mí que yo te acogeré. ¡Oh gran clemencia de tan gran Señor! Esto dice Dios al alma traidora; pero al adúltero mátales, que es quitarnos aquello que mas amamos, y por ello le dejamos. Y de aquí es el quitarte el hijo ó el marido ó la hacienda, que mas amas que á él; lo mesmo la honra, el deleite y el oficio, y por eso viene el trabajo y adversidad con daño de alguna destas cosas ó de todas. Así lo hace el buen hortolano con el árbol, que, porque suba la virtud á lo alto dél, le corta los hijos ó renuevos, tan verdes, frescos y hermosos, que se vienen á los ojos; porque estorban y se llevan lo mejor del árbol; así quita Dios el hijo que parece hermoso, virtuoso y amable, el marido, la hacienda y lo demás, porque suba arriba tu amor; y si

dijeres que no te acuerdas haber ofendido á Dios con esa ocasion, entonces lo hace porque no lo sea ninguna cosa destas para dejalle á él, si no lo ha sido; y cuando ni aun desto hay temor es para que entiendas cuán frágil es eso que los hombres estiman; y cuán poderoso es Dios, pues puede quitarlo y desaparecello, y de ahí entiendas cuánto mas firme y seguro es poner tu amor en Dios que en la criatura, y con esto resistas y respondas á las tentaciones que lo contrario te quisieren persuadir; á la manera del que pretende los amores de una dama, que con palabras y con su capa y espada procura que entienda ella que en linaje, riqueza, valor y valentia hace ventaja á su competidor; y cuando ve que no aprovecha con menos que quitalle la vida, se la quita, para que con eso se pierda el cuidado del muerto y se estime el valor del vivo.

Pues esta es la causa destes nuestros males, el amor celoso de nuestro Dios, que, no solo cuando hemos ofendido á su grandeza con demasiado amor de alguna criatura, pero cuando podriamos ofendelle, tiene este cuidado por no verse ofendido, y á nosotros perdidos y lejos de su amor. Y así como el celoso de su esposa, que mucho quiere, no solo se ofende y anda con cuidado cuando ve en casa el adúltero, pero cuando ve el billete y la que trae el recaudo, y el paje que le lleva, y el ir y venir della á la ventana, se recela, y lo remedia excusando recaudos, despidiendo el paje, cerrando ventanas, y con otros semejantes recatos; así hace Dios por el alma que cela, que toda ocasion le quita de delante. Por eso dió la enfermedad al siervo del Centurion, porque el texto dice, que le amaba su amo mucho. A Adán le quitó luego á Abel, á Abraham le manda sacrificar á su hijo, á Jacob le dilata á Raquel, y le hace esperar catorce años, porque la amaba mucho. Todos estos son celos por escusar pecados; al bueno porque no le deje, y al malo porque se venga á él. Lo del bueno dice san Pablo en dos partes: en la una dice que pensemos y repensemos en los trabajos que Cristo padeció por nosotros, para que no nos congojemos con los nuestros y enflaquezcamos, y parezca que son muchos y grandes, pues que no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra los pecados. En el otro lugar dice que le entregó Dios á un ángel de Satanás, que le diese bofetadas, esto es, que afrentosamente le persiguiese, porque no viniese á engreirse con la grandeza de las revelaciones. De lo segundo de los malos dirémos en el discurso siguiente; pero conviene advertir aquí que, así como el bien de la tierra no lo es en comparacion del bien, que es Dios; así los celos de los hombres no llegan con mucha parte á los suyos y á la ejecucion del remedio dellos. Si un hombre fuese tan celoso de su esposa, que, no solo de las ocasiones claras se recelase, ni de la gente extraña de su casa, pero tuviese celos de su mesma madre de la desposada, aunque fuese de mucha honra y virtud, de quien ella ha recibido toda la modestia, recogimiento, vergüenza, virtud y honestidad, y todo el bien que tiene; este hombre ¿no seria celosísimo? Si por cierto. ¿Cómo que de su mesma madre, cuya compañía suele ser el remedio de los celos, con su presencia, con su autoridad, con su amor y buen respecto, venga agora á tener de sola ella celos? ¿De

quién no los tendrá este hombre? Pues aquí llegan, y aun de aquí pasan los de Dios; que lo que por otra parte parece bueno, licito y santo y loable, tiene por otra parte celos dello, porque sus ojos son agudísimos y su amor extremadísimo. ¿Qué cosa mas loable que la presencia de Jesucristo nuestro Señor con los apóstoles? Erales mas que padre y madre; el les enseñó con doctrina y ejemplo lo bueno que tenían, la humildad, la modestia, la abstinencia, la caridad, la paciencia, el predicar, el hacer milagros, el amor de Dios y del prójimo; y se lo mereció todo en la cruz á tanta costa, y lo conservaba con su santa presencia; lo cual él dijo claramente á los fariseos, que le preguntaban cómo sus discípulos no ayunaban, ayunando los de san Juan; á los cuales respondió, dándoles dos razones. La primera fué: No es necesario que los hijos del Esposo ayunen, mientras con ellos estuviere el Esposo; en quitándosele de delante entonces ayunarán; que quiere decir, segun la exposicion del bienaventurado santo Tomas: El ayuno se ordenó para mortificar las pasiones y macerar la carne y sujetarla al espíritu, y hacer á un hombre espiritual y agradable á Dios, modesto, humilde, callado, devoto, caritativo, sufrido, etc. Todas estas cosas, mejor las obra en ellos mi presencia corporal que el ayuno. Porque era de tanta virtud y fuerza la presencia de Cristo, que causaba en quien trataba con él, cuanto era de su parte, todas estas gracias y virtudes; y así lo dice el mismo Señor, rogando por los discípulos á su eterno Padre: Padre mio, el tiempo que yo he estado con ellos yo los he guardado; agora, que me voy á vos y me parto dellos, guardaldos de todo mal. Y claro está que hablaba de la presencia y partida cuanto á la humanidad; porque en cuanto á Dios el padre tambien los guardaba, y el hijo los habia tambien de guardar, y segun Dios, no se partia dellos, y especialmente los encomienda hasta la venida del Espíritu Santo, que les dió fuerzas y los confirmó en su gracia. Pues dice agora el Señor á los fariseos: Mientras el Esposo está con ellos no tienen para qué ayunar, porque todo lo que el ayuno habia de hacer en ellos, hace la presencia del Esposo; cuando se van sin él, entonces ayunarán; pero Juan el Bautista no tiene esta virtud; por eso ayunen sus discípulos. Y así fué, que en subiendo el Señor á los cielos, comenzaron con frecuentacion los ayunos, abstinencias, penitencias y trabajos de los apóstoles. Entonces para todos los fieles se comenzó la cuaresma, los ayunos, no solos los eclesiásticos, sino los naturales tambien; entonces los yermos, las peregrinaciones, etc. Pues agora con tener los apóstoles esta presencia del Señor de tanta virtud, no bajara el Espíritu Santo, que es infinito amor de Dios sobre ellos, si Cristo en cuanto hombre no se ausentara; como el mesmo lo dijo: Si yo no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador; conviéneos luego que yo me vaya. Así declaran todos los santos doctores este lugar. Pues si la persona de Cristo en carne era estorbo para venir en ellos el Espíritu Santo, con haber aderezado sus almas para que fuesen capaces de su venida, y habérselos enseñado toda virtud y perfeccion por tiempo de tres años, y habérsela merecido por su sagrada pasion, y de habérsela conservado con la misma presencia corporal que agora les quitan, con todo eso,